

VEINTE Y TANTOS AÑOS...

La palabra Paz por sí sola tranquiliza, rompe toda tensión, predispone a respirar hondo. Decir Paz es iniciar una sonrisa, y ello da vigor a la esperanza. Veinte y tantos años de Paz.

Año tras año la prensa del mundo entero, en primera plana, no hace más que hablar de Paz, pero las noticias del instante, casi todas, destilan sangre. Y ya son veinte y tantos años de instantes publicados y sin publicar.

Paulo VI habló en la ONU; se dirigió a todos los pueblos, imperativamente, exigiendo la Paz entre los hombres. Y los hombres, representantes de todos los pueblos, aplaudieron sus palabras, acompañándolo después —entre aplausos que no cesaban— hasta la inmensa puerta de cristales, rematada con el gran escudo de la organización mundial.

Unos dicen, luchando abnegadamente, sinceramente y con verdadera preocupación, que la Paz hay que lograrla. Según otros la Paz existe, es patente desde hace muchos años, y hasta se conmemora en los sellos de correos. Pero los que hubieran podido opinar con todo derecho y fuerza, ya no existen: Están *disfrutando* la más inmerecida Paz. La Paz de los huesos limpios, ya amarillentos y carcomidos por el tiempo.

I

Y es cierto. De acuerdo con los reglamentos municipales para cementerios —me refiero a los países civilizados— cada familia puede exhumar los restos de sus deudos al cumplirse los siete años de su inhumación. Es un tiempo prudente y ampliamente probado.

El muchacho tenía veintitrés años cuando dejó de existir. Fue a finales de 1939. Eso sí, lo confesaron a tiempo, de acuerdo con los principios de la caridad, para que no se perdiera su alma; como una especie de chance consolador en espera de una superior amnistía. En el año de gracia de 1946 se le desenterraba. Sus familiares llevaban una pequeña caja de madera, forrada de cinc por dentro para recoger los huesos. Y, maravilla de maravillas, según estos fuéronse poniendo en contacto con el aire, se cubrieron de carne. ¡Renacía la vida! Y así, alegre, sonriente, joven y esperanzado, el difunto trepó hasta el borde de la sepultura. La oportunidad inesperada le desorbitaba sus claros y vivos ojos.

Padres y hermanos, asustados y emocionados, contemplaban el milagro que se estaba realizando; y se abrazaron entre sí llenos de lágrimas y agradecimiento. El hijo no había envejecido, tenía la misma edad que cuando lo mataron. Pero no bien hubo subido al montículo de tierra fofa, medio desmoronado por las profundas y precipitadas huellas, sonó en los aires una detonación potente y seca. Y nuestro muerto volvió a morir, desplomándose de espaldas hacia la profundidad de la zanja.

Todo sucedió con una rapidez increíble. Y con la misma, volvieron a caer sobre él, con eco hueco, las paladas de tierra. La familia, desesperada y aturdida por la monstruosidad presenciada, se retiró llevándose para casa la pequeña caja forrada interiormente con cinc; con su dolor y desconsuelo renovados.

A así pasaron siete años más. En 1953 se repitió el maravilloso fenómeno. Los familiares envejecían, sus caras eran amargas y tristes; pero el muchacho, al reencarnar, siempre lucía sus alegres y confiados veintitrés años. El cementerio se había modernizado y era mucho más grande; ya no habían tranvías, sólo autobuses eléctricos. Los campos cultivados que antes se extendían más allá de las tapias, estaban ahora urbanizados. Series inmensas de altos edificios ofrecían, desde sus balcones, la Paz de las cruces, y el panorama estimulante de los monumentos funerarios en silencio.

Y como atroz aberración, martirizando a los sufridos y amargados padres, en el otoño de 1960 se repitió la pe-

sadilla. Sonó la mercenaria e innoble detonación; limpia y seca en mitad del aire frío. El sonriente muerto, con una contracción de asombro en la cara, volvió a derrumbarse en mitad de su esperanzada juventud. Y de nuevo regresó vacía la caja, recién pintada, aunque herrumbriente por dentro.

Veinte y tantos años... Tiempo prudente, probado, para morir cuatro veces, e intentar —en tres oportunidades— desenterrar y dar Paz definitiva a los restos. De acuerdo, eso sí, con los reglamentos municipales de los países occidentales, civilizados.

II

El ambiente del cabaret flamenco es denso, tan denso como su falsedad. Humo coloreado por los reflectores desde la penumbra. Mantel blancos de las mesas que parecen azules, violetas o verdes, según el color de la pantalla que le colocan a las linternas.

Taconazos; como martillazos sobre cajones vacíos. Palmas y más palmas acompasadas. Grupos y parejas que entran y salen. En un rincón, como en espera ya tediosa, un hombre joven, bien vestido, juega con su vaso de escocés, sentado al desgaire.

Han pasado las horas. La atmósfera es más caliente y cargada. Cada vez que se abre la puerta del w. c. de señoras, la luz amarillenta y chillona de su bombilla se hace más cegadora y molesta para los que están en el salón.

El señorito ya no está sólo. Lo acompañan una prostituta madura con porte de verdadera dama, y una jovencita bien, con alma de vulgar prostituta. La primera se lanzó a la vida al inicio de nuestra postguerra, para poder comer; la segunda no ha conocido el hambre, rueda por entretenimiento, por matar la vaciedad y el aburrimiento, por el placer de no trabajar.

Un cantaor, sólo y cansado, se entretiene a media voz. Su figura solitaria, esbelta y almidonada, contrasta con su rostro cobrizo, empolvado y lleno de arrugas.

Los dedos huesudos y callosos de su mano izquierda van tejiendo figuras sobre los trastes; los de su otra mano puntean, caracolean y tocan el tambor sobre la madera de la caja. De su boca semiabierta, casi en un susurro, sale una letrilla como para que nadie la oiga: «Por los campos... por los campos de mi Andalucía caminando van, los que luchan sin penas ni glorias, los campanilleros de la libertad...», y en una terminación lastimera, llena de variaciones y cada vez más ahogada, pone fin a la imbécil tonadilla que, sin saber cómo, se le había venido a la memoria.

Nuestro hombre se encuentra a tono, eufórico, en su improvisada perorata; pero las dos mujeres se aburren. Contrasta su cosmopolitismo, su amplia cultura y su inteligencia brillante con las otras dos mentes que lo acompañan. Él siente que sus facciones se le atirantan un poco, y tal le parece, al contemplar a los demás, que las caras que le rodean son las que realmente se restiran en gestos de incipiente borrachera.

La presencia, de pie ante la mesa, de dos viejas turistas americanas, corta su charla. Ellas lo miran dulcemente, con una sonrisa afable y bien intencionada. Y la mente sorprendida del joven voló, viéndose a sí mismo, como si él estuviera también de pie junto a ellas: Su figura, mágicamente, era parte y complemento del lugar. Él era, en aquel instante, para aquellas dos señoras obesas y algo calvas, alma del *spanish curio's* que aquel antro representaba noche a noche para las manadas bobaliconas y hastiadas de turistas.

Fue como un latigazo dirigido a lo más íntimo de su dignidad. Cortante en seco, se tragó las elevadas consideraciones sobre el cante andaluz; sus observaciones sutiles sobre el toreo clásico, sobre la pintura abstracta y las nuevas corrientes filosóficas francesas y alemanas. Amargado y confundido sintió el vacío de su presencia, de sus inquietudes a destiempo y de su presunción vana. Esbozó una sonrisa en silencio, como para darle elasticidad a sus facciones; se rio por fin de sí mismo y de todos. ¡Imbécil! ¡Coqueteándole a la cultura y a la razón dentro de aquel marco extraño, pestilente de colillas, de jabones detergentes y sudor de turistas.

En silencio, sintiendo que los párpados se le caían, cansados, observó las gruesas y deformadas nalgas de las dos abuelitas de Kansas que ya se alejaban. Y sin quererlo, como emergiendo de la obscuridad y del silencio que embotaban sus sentidos, escuchó la conversación de la mesa contigua:

—Ya estuve aquí antes— decía una voz serena en mitad de la coloreada penumbra —fue en 1953, y realmente no se encontraba lugar para rematar una conquista. Era molestísimo. Recuerdo que incluso llegaron a darme la dirección de una familia honesta que alquilaba cuartos para ayudarse, y sentí verdadera vergüenza, pero no había otra solución...

—No chico, eso ya no sucede —comentó el otro poseedor de la mesa—. Ahora cualquier taxi te lleva hacia Torrelodones y todo queda resuelto a la americana. España ha progresado muchísimo. Cuartos con música seleccionable y calefacción, servicio de restorán y bebidas en la cama, y hasta teléfono directo. No sé si te habrás fijado, pero las chicas de ahora casi ni se pintan; parecen muchachas de buenas familias, de corte moderno, a la italiana. Te las encuentras cerca de la Puerta de Alcalá, en los mejores hoteles y bares, o por la Avenida de José Antonio. Con toda elegancia y naturalidad aceptan la invitación a tu mesa, y saben llevar, como viejas amigas, una conversación; y es tal la habilidad y tacto de estas españolitas que casi más parece una auténtica conquista que una simple operación de compra y venta de caricias.

—Ya lo he ido observando —respondió la primera voz—. Da gusto volver ahora a España, está ahora maravillosa. Entre el milagro económico que tanto se nos pondera antes de llegar, la influencia fantástica del turismo y el orden que aquí reina, esta nación se ha convertido en ejemplo para nosotros los latinoamericanos. Sí, me he tropezado con displicentes y nerviosos, y también con cínicos, pero en general la gente sigue siendo atenta, por lo menos tal es mi caso... ¡Y todo tan barato!! Comidas, ropas, bebidas y mujeres... Muchachitas tiernas casi todas ellas, diría yo... ¡Y cómo se cuelan por los hoteles!

A las cinco de la mañana se lanzó a la calle nuestro jo-

ven y culto señorito, llevado del brazo por la damita. La otra mujer, la prostituta entrada en años, ni se había despedido. Levantándose de la mesa observó lentamente, con lástima y asco, aquella piltrafa antes de abrir la puerta inoportuna que dejaba pasar, junto con la luz amarilla, un tufo tibio, agrio y dulzón a la vez; y tras su sombra volvió a la penumbra.

III

Aquella tarde, por primera vez, Teresa se asomó por la ventana del cuarto de Manolo, y contempló los patios de toda la manzana. La vista era la misma desde hacía más de cuarenta años. Ropas tendidas entre las sombras, tiestos con flores raquílicas, chimeneas maltratadas y paredes sucias, chorreadas de hollín, lluvia y polvo. Pasillos abalconados, puertas y ventanas interiores encendidas; voces llamando y melodías mezcladas de numerosos aparatos de radio. Aquel era el mundo que de chico contempló su compañero, y ella, agitada, pero segura, entraba en él.

Sus padres la habían puesto en la calle. Rumores de vecindad, comentarios ya molestos de las amistades; burlas, sonrisas y condenaciones. Incluso la cosa amenazaba con llegar a su trabajo. Todo iba contra ella, como si ella fuese una niña engañada; como si lo vivido no contase para nada, como si no existiese el pasado y un historial jamás traicionado.

Saliéndose del marco de la ventana se volteó hacia Manolo y su madre. Sonrió y dando unos pasos formó grupo en la oscuridad con ellos.

Al salir del penal de Burgos él tenía 46 años y ella dos menos, pero aún entera en su ya un tanto pasada madurez. Sin embargo, su mirada y decisión eran limpias; tenían la fuerza de la fidelidad y el amor.

Cuando en la acera él la abrazó, sintió que dentro de su pecho algo se quebraba en mil pedazos. Y así estrechados, sin poder convencerse de la verdad del instante, perdieron la noción del tiempo; hasta que, acercándose, el cabo de guardia les suplicó que se retiraran de la puerta custodiada.

En el bolsillo Manolo sólo llevaba unas pocas pesetas. Aquella mole pétrea y silenciosa que quedaba atrás había sido su universidad. Tornero ajustador de oficio, salía hablando francés e inglés, tenía todos los estudios del bachillerato; sin faltar, posteriormente, seminarios y conferencias sobre historia, filosofía, sociología y matemáticas superiores. Y ahora, todo ello, junto con una recia formación política y un temple de acero, constituía su mejor capital.

Miró en silencio, pausadamente, las viejas fachadas, contempló con curiosidad a los transeuntes, y, como sopesando dos vidas y dos mundos, se lanzó de nuevo a la vida y a la lucha... Teresa, velluda de pantorrillas y bozo, de cabellera lacia y negra, estaba turbada, como si tuviera veinte años menos; pero animándose a sí misma ajustó sus pasos a los de su compañero.

¿Qué es lo que puede ofrecer un hombre después de diez y ocho años de cárcel? ¿Qué puede resolver? Y por otro lado: ¿Cómo resignarse y aplazar después de tantísimos años los sueños de tantas miles y miles de noches? Sin embargo, la calle lo desconcertaba. Todo era casi igual, pero a la vez nuevo, desconocido y raro. Otras escenas y caras le vinieron a la memoria, como rutinas persistentes y subconscientes de su visión. Muchos eran los que quedaban dentro del inmenso y frío case-rón.

Aquella primera noche, pasada en el humilde hotel cercano a la estación, ninguno de los dos la olvidaría. Él se despertó angustiado al no oír el toque de la mañana; y al intentar saltar de la cama se dio cuenta de que todo había pasado. Gruesas y viejas cortinas azules defendieron sus ojos de los grises claros del amanecer; y ya habituado, distinguió en la pared un gran cuadro medio sumido en las sombras; más allá el lavamanos de mármol y su jarro de porcelana, y sobre el viejo sillón, de brazos achatados y asiento hundido, las ropas, mezcladas, de ambos.

Resguardándose las espaldas con la sábana y la colcha se volvió hacia la novia de toda su vida y, cuidando de no despertarla, la contempló largamente, sin apenas creer todavía en la felicidad que al fin le había llegado y

recreándose con la dicha y paz que interiormente le invadía y se desbordaba. Qué lejanos, en aquellos minutos, los diez y ocho años de encierro y desesperación; inmensos, como bloques cuadrados de colosales dimensiones, grises, pesados y húmedos... Diez y ocho navidades y años nuevos de himnos cantados a chaleco, y de patios congestionados de hombres bajo la lluvia...

Y así, la madre de Manolo los ayudó a resolver, después de tres años, el problema. A él, como que ya no le importaba las visitas periódicas a la Comisaría, ni tampoco que no le dieran su pasaporte para irse a Alemania. Todo iría pasando, su trabajo era seguro y daba sus frutos. Y, aunque se tuviera que esperar, todo llegaría y quizás antes de lo pensado.

Desde la cocina llamó la voz de la madre; y a partir de aquella noche los tres compartieron la sopa, el pan, la sal, y el vino, siempre generoso, de Castilla.

IV

Primavera. Domingo. La mañana es callada y tranquila. Miles de madrileños se han ido al campo desde temprano. Las pescaderías, carnicerías y tiendas lucen bajadas sus puertas metálicas corredizas.

Los boletos para los espectáculos están agotados. Del estadio, a intervalos desacompañados, se elevan gritos, aplausos, escándalos y silencios. Todo es luz y sol; cielo intensamente azul y ligeros jirones de nubes por el horizonte.

Los bares han sacado sus mesas a las aceras. En las iglesias no caben los creyentes, y muchos asisten a misa desde la calle. En medio de los diversos verdes del Retiro un concierto de Banda ameniza la mañana; y más allá, propulsando las viejas lanchas, los remos chapotean sobre la sucia superficie del lago.

Todo es alegría, es orden, es amable Paz...

Un autobús sube por la avenida del General Mola. Lleva muy poca gente. Junto a la puerta de salida van sentados el padre y la vieja hermana de nuestro muerto, del que mataron a fines de 1939. Sí, el que desentierran y

entierran cada siete años, el del tiro junto a la oreja; el que no envejece, el que se ha convertido en martirio y pesadilla. La familia ha decidido probar por última vez en 1967. Aunque cansados insisten, buscan afanosamente el reposo definitivo de su hijo, y la paz verdadera de su recuerdo.

Al fondo del autobús una mujer, al parecer soñolienta y cansada, apoya la cabeza contra el amplio y grueso cristal de la ventanilla. Ropa buena, pero arrugada; la piel gris de la estola le resbala hacia el piso por una pierna. El conductor la observa por el espejo. No es fea y se ve alta, de hermoso y atractivo cuerpo, de boca discretamente pintada. Sin embargo, algo raro hay en su cara, bella y marchita a la vez; como si no tuviera horizonte, como si en ella estuviera abortada la ilusión. Alcohol y humo de la larga noche. Años de vivir sin vivir, de hastío, sin sentido, perdidos, irremisiblemente perdidos...

A mitad del vehículo va sentada una pareja. Es un matrimonio maduro, de esos que, por encima de los años, cuidan y conservan su felicidad. No se hablan, pero llevan las manos estrechamente entrelazadas. Sus semblantes son serenos, nobles y bondadosos. En la mirada de él hay chispazos de dureza y ciertos tonos negros, como de profundos abismos. Los ojos de ella son maravillosos; cálidos, penetrantes y como ligeramente húmedos, quizás por la brisa que entra por una ventanilla, semiabierta, dos puestos adelante. Hay rocío y claridad en esos ojos, caricias muy tiernas y una esperanza infinita...

Bella es en realidad esta tranquila mañana de domingo. Muy bello, hermoso y moderno, nuestro gran Madrid en esta primavera; la número veinte y tantas de estos increíbles y llorados años de santa y cristiana Paz.

BERNARDO DE LA TORRE CHAMPSAUR

México, 1966.